

Amin Maalouf, un escritor de frontera

MONTSERRAT ABUMALHAM

Universidad Complutense de Madrid
abumas@filol.ucm.es

*Obligado o voluntario, el exilio tiene también algo de patria;
segunda patria, claro.
Y cuando nos propone su alrededor de prójimos,
entramos en su gracia. Y damos gracias.
(Mario Benedetti, *Vivir adrede*, 2007)*

Recibido: 30 de enero de 2009
Aceptado: 10 de marzo de 2009

RESUMEN

A partir de varios textos del escritor franco-libanés Amin Maaluf, se examina la visión del autor acerca del exilio y la búsqueda de la identidad.

Palabras clave: literatura árabe contemporánea, identidad, exilio.

Amin Maalouf, a writer on the border

ABSTRACT

On the basis of several texts by the Franco-Lebanese writer Amin Maaluf, this paper aims to examine the author's idea of exile and the search for identity.

Palabras clave: Modern Arabic literature, identity, exile.

De uno de los personajes de Amin Maalouf (*Líbano*, 1949), dice el autor, en el momento en que el joven se encuentra con su madre, tras caer en la sospecha de que su progenitor no es quien él siempre ha tenido por padre:

Ya no había entre ellos la menor disputa ni una voz más alta que otra. Tanios parecía haber extremado su cortesía, pero era la cortesía del que se siente extranjero¹.

¹ Maalouf, A., *La Roca de Tanios*. Barcelona, 1993, 70.

Este de la extranjería es quizá un sentimiento que Maalouf conoce bien y, porque de alguna manera ha conseguido superarlo, puede rastrear y hacernos ver la transformación en sus personajes desde el sentimiento de extrañamiento hasta que es sustituido por la añoranza y, luego, reemplazado por la identificación con un territorio más amplio que el del nacimiento.

Nacido en Líbano, Maalouf vive desde hace muchos años en Francia y escribe en francés, lengua que conoce tan bien como su árabe natal, no sólo en su registro clásico, sino en ese otro árabe dialectal y jacarandoso de la montaña libanesa. Por eso, a pesar de que sus novelas usan la lengua francesa, se hallan totalmente incardinadas en la tradición árabe-libanesa de la narrativa del último siglo.

En su obra, en particular *La roca de Tanios*, a la que pertenece el fragmento que inicia estas líneas, así como en *El viaje de Baldasarre*², los ecos de la literatura en prosa de Mijail Nayma, de sus cuentos, así como la de Anis Frayha o del más conocido Yubran Jalil Yubran, se deslizan suavemente sin ahogar el ingenio de su propia forma de escribir.

Sea por su propio carácter de exilado o trasterrado, como suele decir Pedro Martínez Montávez al hablar de estos autores, sea por la influencia de estos otros escritores e intelectuales del siglo XX, que conocieron también el exilio y constituyeron desde él todo un amplio movimiento de renovación literaria que recibió precisamente el nombre de “Mahyar” (Emigración), Maalouf se ocupa siempre de estos personajes que se hallan a caballo de dos culturas o, más bien, de las dos orillas del Mediterráneo.

Las historias que recoge Maalouf no son tanto historias que se refieran al presente, sino más bien que traen ecos de un pasado en vías de extinción o quizás del todo extinto, rasgo que comparte con los autores del “Mahyar”. Con frecuencia utiliza el recurso a un viejo manuscrito, como Nayma, a un texto olvidado, crónica de acontecimientos redactada por un erudito local, cuyo horizonte no va más allá de las últimas viñas y moreras que rodean a su aldea, pero, con los hechos que recoge, apunta a un universo mayor, extraño a las fronteras del valle donde se encuentra su pequeño pueblo de montaña.

En esos acontecimientos del pasado que se reconstruyen a lo largo de la trama de la novela, el autor, o la voz que narra, que para el caso son lo mismo, aparece en realidad a la búsqueda de sí mismo. Es como un extraño, pero a la vez hijo del lugar, capaz de mirar a ese pasado como a algo propio y al tiempo ajeno, pero en esa paradoja y en esa dialéctica, el hombre que busca se encuentra a sí mismo, desentraña los misterios de su propio pasado y reconoce que aquel mundo de ayer le da sentido. Pero, comprende al mismo tiempo que ese sentido, ese conocimiento alcanzado, lo proyectan hacia un mundo diferente, mucho menos estático, mucho menos cerrado, en el que el nuevo hombre, el autor, se siente también cómodo.

En otras ocasiones, el proceso se produce de manera contraria. Se trata de un extraño que arriba a un territorio al que no le vincula ningún lazo, más allá del azar, la necesidad, la conveniencia o incluso empujado por una voluntad ajena. Este hom-

² Maalouf, A., *El viaje de Baldasarre*. Barcelona, 2000.

bre, extranjero en tierra extraña, sin embargo, va sumergiéndose en el nuevo ambiente, va creando lazos de afecto, de amistad, de compromiso y, cuando por las vueltas de la fortuna, se ve obligado a dejar esa tierra que un día le fue ajena, siente que en realidad retorna a su patria como un extranjero y se ahoga de añoranza por aquel otro lugar extraño. Ya no es de allí, pero tampoco es de aquí y no le queda más remedio que aceptar esa nueva condición suya de no ser de ningún lugar y de amar a lugares dispares y, en alguna medida, contrarios en sus modos y costumbres.

Así, el nacimiento en sus personajes es algo que no se produce de manera natural. Cada uno, parece decirnos, nacemos por pura casualidad en un lugar de la Tierra y eso, que está bien y que nos pone en contacto con un espacio concreto, con una forma de vida peculiar y con un universo pequeño y aparentemente estable, es algo importante y que deja su huella en nosotros, conformándonos. Pero, eso mismo, tan estable y cierto, está sujeto a mudanzas que nos pueden trasladar a otros espacios con los que no tenemos la más mínima vinculación, cuyo lenguaje no comprendemos, cuyas costumbres nos resultan chocantes o incluso ofensivas. Otro lugar en el que nos sentimos perdidos y en el que nos asaltan sentimientos de todo tipo; como el resentimiento hacia un destino cruel que nos sacó de nuestro paraíso, para arrojarnos en un infierno; como la paralizante nostalgia que nos hace sentirnos desgraciados si no volvemos a ver aquel cielo en particular o a respirar aquella brisa en especial; como, finalmente, la alegría de saberse de ningún lugar, adoptando lo mejor de cada uno y disfrutando del privilegio de ser de dos espacios al mismo tiempo.

La Roca de Tanios parte de un hecho histórico ocurrido en el siglo XIX; el asesinato del Patriarca maronita. Este crimen ocurre en un momento de incertidumbre política, cuando Líbano se encuentra entre el dominio del declinante Imperio otomano, bajo el poder de un Príncipe casi independiente, y las ambiciones del jedive de Egipto, Muhammad `Ali, que disputa el poder al propio sultán otomano.

En los anales de la historia oficial, el crimen es consecuencia de esas tensiones e intrigas, pero en la novela de Maalouf, se convierte en la acción impulsiva de un hombre maduro, que defiende así los primeros amores de su hijo adolescente, y que, de ese modo sangriento y al mismo tiempo, recobra el título de 'padre' del muchacho, puesto en entredicho por las habladurías de los aldeanos que se apoyaban en el carácter impetuoso y conquistador del jeque del pueblo, prendado de la belleza de la esposa de su intendente. Gerios (Jorge), el intendente del jeque, recobra por medio del asesinato del Patriarca su paternidad sobre Tanios (Antonio) y con ello su honor.

Pero la historia no tiene como protagonista a Gerios, sino a su hijo Tanios. Éste, cuando en su infancia descubre de manera fortuita las dudas que se ciernen sobre su filiación, comienza a sentirse fuera de lugar y trata por todos los medios de alejarse de su aldea, abrirse a un nuevo mundo que no conozca su origen y, en esa búsqueda, oscila entre la amistad con un enemigo del jeque de su pueblo y las enseñanzas y amor paternal de un pastor protestante venido de Inglaterra. Tanios, al dudar de que su padre lo sea verdaderamente, pierde su identidad y se empieza a sentir extranjero en su propio pueblo. Por ello busca, sin darse cuenta, alianzas con extraños que lo colocan del otro lado de la frontera por el solo hecho de dar unos pasos fuera de su aldea natal.

El crimen cometido por su padre no sólo lo reconcilia con él, sino que le impulsa a protegerlo, huyendo ambos a la isla de Chipre, donde aparentemente no puede llegar la larga mano del Príncipe. Una intriga bien urdida por los espías del Príncipe, sin embargo, hará retornar al padre para morir ajusticiado, mientras el hijo queda solo en la isla que les servía de refugio. Pero, poco a poco, la idea de vengar la muerte de su padre, hacia el que había sentido hasta entonces un fuerte desapego a causa de las dudas, se va apoderando de Tanios, quien, finalmente regresa y de manera un tanto peculiar y misteriosa, no sólo consigue su propósito, sino que se convierte para la historia de su pueblo en una leyenda. De este modo, no sólo recupera la identidad perdida, sino que entra de lleno en la identidad de su lugar de origen.

La hazaña de Tanios, no es únicamente la venganza por la muerte de su padre, sino que es fundamentalmente un modo de recuperar su propia identidad. Si en un tiempo quiso renegar de ella, absorbiendo las identidades de otros, ahora ha comprendido que él posee una que no está tanto ligada a la sangre como a la pertenencia a un espacio y a unos modos de vida. Tanios no entra solo en la leyenda, una roca, lugar prominente del paisaje de su país, va asociada a su nombre para siempre. Él es parte de esa tierra.

El abierto final de esta historia de identidades perdidas y recobradas es la desaparición de Tanios. El joven, encanecido prematuramente como Moisés tras su encuentro del Sinaí, va a meditar en los alrededores de la aldea, donde está esa roca en la que acostumbraba a sentarse, desde la que se domina el valle y se adivina el no muy lejano mar. Los últimos amigos que lo vieron en aquel lugar, no vuelven a verlo. Como si la tierra se lo hubiera tragado, no queda de él más rastro que la memoria de sus hazañas para siempre asociada a la roca. El autor sugiere un par de finales que suponen la expatriación definitiva de Tanios, en busca de un amor que dejó en la isla que le había servido de refugio o simplemente un silencio absoluto.

Los corazones dulces pueden escoger aquel final en que el protagonista vuelve con la mujer amada. Mujer con la que sólo podía intercambiar caricias y miradas, pues no tenían los amantes ninguna lengua en común. O bien, pueden escoger para el héroe de la historia ese otro final misterioso que lo asocia para siempre con la roca y lo hace entrar en la leyenda. En cualquiera de los dos casos lo que el autor pretende es que comprenda el lector que allí donde se es capaz de amar, a pesar de la imposibilidad de una comunicación total, o allí donde uno es capaz de reponer la justicia, allí está la patria y la verdadera identidad. De este modo, el amor o la justicia, tocada de misericordia, son los verdaderos motores de las vidas de los seres humanos y no tanto la pertenencia a uno u otro lugar.

El viaje de Baldasarre nos presenta a un personaje sedentario, mercader de antigüedades, afincado en Jebayl (Gibeletto), la antigua Biblos. Se trata de un genovés cuya familia se asentó en Oriente con las últimas Cruzadas y que, aunque se siente perteneciente a la ciudad de sus antepasados, se halla totalmente conformado a su existencia de levantino. Aunque él posee un nombre latino, otros miembros de su familia ya tienen nombres árabes y su lengua habitual es también el árabe. Como casi todos los habitantes de esa zona costera, cruce de tantas razas y pueblos, está acostumbrado a poseer varias lenguas y a relacionarse con hombres procedentes de todos los lugares del mundo y creyentes de todas las religiones conocidas.

El momento en que se inicia la narración es un momento crucial; el año 1665. El año que precede a aquel en que se halla la cifra de la Bestia anunciada en el Apocalipsis. Año en que se empiezan a presagiar toda clase de males. Un año fronterizo.

Así no sólo nos encontramos con un personaje de frontera, perteneciente a dos nacionalidades, viviendo en la frontera entre dos mundos, el occidente y el levante, sino en un tiempo que se halla entre dos eras y que roza el fin del mundo. Lo que parecía estable, en una situación como la planteada, forzosamente ha de estar sujeto a mudanzas terribles y la acumulación de unas circunstancias inesperadas, en un ambiente como ese, va a ser el desencadenante del viaje de Baldasarre.

Es así mismo un viaje iniciático, pues a las manos de este pacífico comerciante de antigüedades, por puro azar, llega un libro que posee las claves para conjurar los tiempos temibles que se aproximan. Libro que tal como llegó a sus manos, escapa de ellas, quedando de este modo él y su familia expuestos a los males que se avecinan. Baldasarre, no obstante su escepticismo y contra su voluntad, emprende un largo viaje, cuya excusa primera es recuperar el libro-talismán.

La forma narrativa, muy semejante a la que aparece en *La roca de Tanios*, es el propio diario de viaje de Baldasarre. No es una crónica antigua, ni la memoria de un anciano o la narración de un testigo, sino que es el registro, paso por paso, de los avatares a los que se verá sometido el protagonista. Obligado a abandonar lo que ya para él es su patria, en principio sólo pretende dirigirse a Constantinopla a donde ha ido a parar el libro que pretende rescatar. Pero, como en cualquier libro de aventuras, las cosas se irán complicando y serán muchas más las etapas que el viajero deberá cubrir, para, al final, tras haber pasado por todo el Mediterráneo y haber llegado a Londres, regresar a la patria de origen de su familia, Génova.

En ese periplo a la caravana formada por Baldasarre, sus dos sobrinos y su criado, pronto se sumará otro personaje, el de una mujer abandonada por su marido que quiere ir en su busca. Esta mujer, al no ser ni bien casada ni viuda es igualmente un personaje en los bordes de la sociedad a la que pertenece. El viaje se irá prolongando, pues los objetivos se mueven y se alejan y ello permitirá el encuentro con los más variados personajes, todos ellos errantes por el mundo, en las vísperas de un gran cataclismo que hará desaparecer todo lo hasta entonces conocido.

Los acontecimientos que se suceden y los múltiples encuentros de Baldasarre pueden ser leídos en esa única clave; como una excusa que permite describir un mundo poblado de personas que vagan a la busca de algo con el fin de huir de lo que temen. Se mueven en un tiempo que se desvanece y en un espacio que cambia de dueños. Unos lugares sustituyen a otros, obligando a los protagonistas a adaptarse a nuevas formas de vida y costumbres. En definitiva, puede a simple vista tratarse de la novela de aventuras más tópica.

Sin embargo, leída en continuidad con el resto de la obra de Maalouf, aparece como una variante de *La roca de Tanios*. En ella se ha invertido el proceso. El personaje principal no es un oriental que se ve obligado a huir de su país o que no tiene una identidad clara. Baldasarre es un personaje que tiene claros y aceptados sus orígenes y que se halla perfectamente integrado en la tierra de acogida, pero es el mundo convulso y cambiante en el que le toca vivir el que lo obliga a expatriarse de

su patria adoptiva, a regresar a su patria de origen que ya no es del todo suya y desde la que añorará el Oriente.

Con esta narración llena de detalles curiosos y que muestra un mosaico de pueblos, lugares y hábitos diferentes, el autor lo que señala es hacia el fenómeno de la inestabilidad y la inseguridad que permiten una visión menos dogmática del entorno. Se trata de la imposibilidad absoluta de sentirse perteneciente a un único espacio y a una identidad única, aunque esta ficción arrastre a algunos de los personajes, como arrastra a personas reales, conduciéndolas hacia el fanatismo y la incapacidad de examinar la realidad si no es desde esa hermética subjetividad.

La experiencia de una identidad múltiple del protagonista pone de relieve la riqueza que ello encierra, frente a otros personajes que sólo se identifican con un espacio y unos hábitos. Estos últimos, por contraste, aparecen como criaturas empobrecidas y privadas de una visión más amplia del mundo. No es que su doble pertenencia no cree conflictos al protagonista, sin embargo lo dota de un gran sentido del humor, cercano a veces al escepticismo y a un cierto espíritu sarcástico, que lo proveen de la capacidad para hacer observaciones objetivas acerca de los conflictos de aquellos que no comparten su múltiple identidad.

Si el conflicto de Tanios era el de no tener seguridades acerca de su identidad, el conflicto de Baldasarre es más bien el de aquél que puede mimetizarse con cualquier terreno. Si Tanios veía defectos en su origen, Baldasarre ve las ventajas de ser de orígenes múltiples y ello le lleva a identificarse con toda clase de personas, mientras que Tanios lucha por cambiar de identidad. Finalmente, uno y otro, por caminos diversos, descubrirán que sólo existe entre los hombres una única identidad; la pertenencia a la raza humana y que todo aquello que separa y diferencia no son más que circunstancias que pueden cambiar en un instante y, generalmente, lo hacen del modo más inesperado y en el momento más insospechado.

Por eso mismo este personaje, al final de su viaje, deja estas reflexiones consignadas en su diario:

Estamos a primero de enero del año mil seiscientos sesenta y siete. El año llamado “de la Bestia” ha concluido, pero el sol se alza sobre mi ciudad de Génova. De su seno nació yo hace mil años, hace cuarenta años, y de nuevo en el día de hoy... Las ciudades no han sido destruidas... Tendremos que vivir aún día tras día a ras del suelo con nuestras humanas miserias. Con la peste y los mareos, con la guerra y los naufragios, con nuestros amores y nuestras heridas. Ningún cataclismo divino, ningún agosto diluvio vendrá a ahogar terrores y traiciones... si hago balance de mis peregrinaciones, lo que resulta es que he ido de Gibeletto a Génova dando un rodeo...³

La preocupación de Maalouf por la cuestión de la identidad aparece de manera explícita en su obra *Identidades asesinas*⁴. Esta obra que no es de ficción, sino más bien una reflexión sobre el asunto, se asemeja en sus argumentos y en las conclu-

³ *El viaje de Baldasarre*. Barcelona 2006, 510-511. [1ª ed. Francesa 2000].

⁴ Madrid 1999.

siones finales a otra más reciente del Premio Nobel de economía, el indio Amartya Sen, quien afirma:

Una importante fuente de conflictos potenciales en el mundo contemporáneo es la suposición de que la gente puede ser categorizada únicamente según la religión y la cultura⁵.

En *Identidades asesinas*, Maalouf denuncia la locura que invita a los hombres a matarse en nombre de una etnia, una lengua o una religión. Experiencia que ha asolado en los últimos decenios a su país de origen, Líbano, pero que se extiende a muchos otros lugares y que afecta de manera especial a territorios de mayorías musulmanas, que, por otra parte, son presentados a la opinión pública occidental bajo la identidad del fanatismo y la barbarie excluyente.

En el Epílogo a esta obra, dice el autor:

Cierro no de buen grado el paréntesis para volver a mi propósito inicial y reiterar ...(que) habría que hacer lo posible para que nadie se sintiera excluido de la civilización común que está naciendo, para que todos pudieran hallar en ella su lengua de identidad y algunos símbolos de su cultura propia, para que todos pudieran identificarse también en ella, aunque sea un poco, con lo que ve surgir en el mundo que lo rodea en vez de buscar refugio en un pasado idealizado.

Paralelamente, todos deberían poder incluir, en lo que piensan que es su identidad, un componente nuevo, llamado a cobrar cada vez mayor importancia en el próximo siglo, en el próximo milenio: el sentimiento de pertenecer también a la aventura humana⁶.

Con este último texto queda patente la preocupación de Maalouf por el tema identitario que es constitutivo de lo más hondo de su personalidad, pues no en vano afirma de sí mismo, ante la pregunta de si se siente más libanés o francés:

Mi respuesta es siempre la misma: ¡Las dos cosas! Y no porque quiera ser equilibrado o equitativo, sino porque mentiría si dijera otra cosa. Lo que hace que yo sea yo, y no otro, es ese estar en las lindes de dos países, de dos o tres idiomas, de varias tradiciones culturales. Es eso justamente lo que define mi identidad. ¿Sería acaso más sincero si amputara de mí una parte de lo que soy?⁷.

Como afirma Maalouf, precisamente la complejidad de su identidad es el elemento que lo hace pertenecer a una serie de identidades compartidas, pero la conjunción es lo que igualmente lo señala como un individuo singular y único.

Esta realidad de las pertenencias múltiples y la coincidencia de muchas de ellas en una sola persona es una experiencia de la que se hacen conscientes aquellos que viven en la frontera y que no renuncian a la complejidad de los múltiples elementos

⁵ Amartya Sen, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires 2007.

⁶ Maalouf, A., *Identidades asesinas*, Madrid 1999, 196.

⁷ *Idem*, 11.

que los han constituido. En la renuncia a manejar, no siempre de forma halagüeña y fácil, esa complejidad existe el riesgo de definirse por una única seña identitaria que se arroja como un arma al rostro del 'otro'.

Así, el propio autor, mediante la construcción de personajes de ficción siempre a caballo de dos mundos, dos culturas y dos territorios, o a través de estas reflexiones puestas en primera persona, propone un modelo que, sin negar la pertenencia, permite acoger la variedad de vinculaciones, mediante las cuales no se pierde la propia identidad, pero se pueden establecer lazos de conexión con las más variadas comunidades, para, al fin, llegar a considerarse miembro de la raza humana. En esta última pertenencia nadie queda excluido y la relación con el 'otro' se puede hacer desde la igualdad.